

## EL CONOCIMIENTO DEL PRESENTE EN LA SOCIEDAD DE HOY ENTRE HOY Y MAÑANA

por el Prof. RENÉ KÖENIG

De la Universidad de Colonia

Cuando se trata un tema como el de la sociedad de hoy entre ayer y mañana, casi nos sentimos tentados a ver el hoy sencillamente como "tránsito", es decir, como una magnitud que no vale en sí misma, sino únicamente en virtud de la relación entre ayer y mañana. Con ello se reduce en el fondo el hoy a un punto insignificante a través del cual el futuro se sume en el pasado. Se corre el riesgo, de este modo, de historificar totalmente el presente, es decir, de verle ya sólo bajo el aspecto del proceso de un acaecer que desde un pretérito relativamente conocido se mueve hacia un desconocido futuro. Semejante consideración puede tener su importancia al inducirnos a la presunción de que todo acaecer históricosocial al cabo se realiza en un presente: en aquel en que hace sentir su vivencia. Visto así, el conjunto tiene su sentido. Ahora bien, en el momento en que se plantea el problema allende la pura dimensión de la vivencia, en forma que quede agotado con ello el problema del conocimiento, esta concepción falla por completo. Pues desconoce que las estructuras sociales no hacen su aparición en la vivencia del presente por el hecho de que hasta cierto punto se realiza —y aquí nos encontramos ante un principio fundamental de toda teoría sociológica del conocimiento— "a espaldas" de los partícipes, también del presente histórico por lo tanto. Este fondo estructural desaparece por completo en el aspecto del presente histórico.

Otra nueva dificultad que en virtud de la constelación del presente entre ayer y mañana nos sale al encuentro, ha de verse en el acoplamiento del hoy y el mañana con el ayer. En determinadas circunstancias puede evidenciarse, ciertamente, como ventaja al servicio de una verdadera "localización" del presente si se le mide sobre la base de estructuras pretéritas y también con sólo compararle con ellas. Ahora bien, entonces se plantea el problema de qué pretérito, en cada caso, se sitúa en el centro. La experiencia demuestra que a la arbitrariedad se le abren aquí de par en par las puertas si no se ponen las cosas bien en claro. Aludió así el sociólogo de la cultura Harry Elmer Barnes, en cierta ocasión, al hecho de que las normas con cuya ayuda juzgamos el presente constituyen "un anticuado mosaico de ingredientes que van desde la Edad de Piedra hasta fines del siglo XVIII". Está claro que con tan insegura norma no podrá lograrse una segura localización.

Si consideramos la actual crítica de la cultura que intenta sondear la sociedad moderna entre ayer y mañana, encontra-

mos normas regularizadas, en Alemania especialmente, cuyo origen se sitúa claramente en el viejo sistema de clases. Se trata, pues, de normas de fines del siglo XVIII aplicadas a la sociedad de la segunda mitad del siglo XX. No es milagro que surjan aquí juicios torcidos por completo con la mayor frecuencia desde el momento en que de hecho la estructura de las avanzadas sociedades industriales es profundamente distinta de la vieja sociedad de clases.

Estas valorizaciones encuentran expresión en innumerables detalles. Se incluye aquí, por ejemplo, la idea de la vitalmente peligrosa disolución de la familia en la sociedad industrial moderna al haber desaparecido de hecho la vieja familia de parentesco del sistema de clases. Ahora bien, ¿quién podría asegurarnos que la familia de parentesco del sistema de clases constituye una auténtica norma? Aún más: ¿quién nos dice que esta misma familia de parentesco fue en su época la única forma de familia? Hoy sabemos que esta familia mayor en verdad sólo existía de modo exclusivo en las clases altas y en el estrato medio superior, mientras en el estrato inferior se evidenciaba ya entonces un tipo de familia completamente distinto. Según nuestro criterio sería mucho más importante, en vez de estas dudosísimas manifestaciones críticas, plantear la cuestión en forma de modos de consideración históricamente realistas que nos permitirían ver las auténticas relaciones entre el ayer y el hoy y proporcionarnos con ello una visión del futuro. Bajo tales premisas podría juzgarse la misma situación, por ejemplo, de la manera siguiente: mientras en la época de la sociedad de clases era lo regular, de modo exclusivo, la pequeña familia o familia germinal en la clase inferior, y las distintas clases medias y superiores tenían el carácter de la familia mayor, con la evolución del industrialismo, la pequeña familia de las clases bajas fue extendiéndose poco a poco a toda la sociedad. Brindamos con esto una pura comprobación objetiva en la que no se oculta ninguna clase de ilegítimos juicios axiológicos. Evidencia también que existe una estrecha relación entre la universalización de esta pequeña familia por una parte y una sociedad de jornaleros por otra. Al mismo tiempo puede ponerse de manifiesto el hecho de que la esfera de los que dependen de una remuneración hacia ya mucho tiempo que se había extendido, en gran proporción, allende la clase obrera, abarcando en el futuro, casi por completo, a todos los que ejercían una profesión, ya que la sociedad moderna es condicionada siempre, de modo exclusivo, por la profesión misma.



Otra paradoja, igualmente estereotipada, de la crítica de la cultura, ha de verse en el hecho de la dispersión de clases con las presuntas consecuencias de industrialismo. Mas aquí no se plantea nunca la cuestión de en qué se hubiera convertido Europa a fines del siglo XVIII si en tiempo relativamente breve la industria no hubiera hecho realidad su auge fabuloso.

En lo que se refiere a la valorización del trabajo ya partir del año veinte se dice que es pura repetición, que es monótono, que ha substituido el trabajo complejo de un proceso de artesanía por el trabajo fragmentado sobre la base de elementos cada vez más reducidos. Cabalmente aquí puede verse con especial claridad cuán peligroso es ver incrustado un fenómeno del presente entre el ayer y el mañana. Proyectada la fragmentación del trabajo del sistema industrial moderno sobre el fondo de la vieja destreza del artesano, el trabajo industrial moderno tiene realmente un carácter de empobrecimiento. ¿Pero es esto todo? Aquí está la cuestión. La que plantea queda justificada en el momento en que planteamos el problema de las razones para la fragmentación del trabajo en pequeños y cada vez más cortos procesos elementales. Esto puede considerarse en primer término en el sentido del aumento de la producción. Se convierte entonces el factor hombre efectivamente en un apéndice de la producción. Ahora bien, puede aludirse también al hecho de que la fragmentación del trabajo se debe a que la máquina sólo puede dominar exclusivamente procesos elementales. Una mecanización sólo será, pues, posible tras la fragmentación del trabajo en estos reducidos y elementales procesos. Realiza entonces la máquina uno o varios de estos procesos simultáneamente, mientras queda a cargo del obrero la dirección, vigilancia y atención de la máquina misma. La fragmentación del trabajo sólo es, pues, una fase previa del aumento de la mecanización, en la que el hombre no es ya el realizador de actos de trabajo completamente simples, fragmentados y repetidos, sino el inteligente servidor de una máquina, lo que es algo completamente distinto.

Bajo estas premisas es posible, como lo ha hecho el eminente sociólogo francés de la industria Georges Friedmann, expresar la relación entre el trabajo mecanizado e industrial y el trabajo del artesano de modo completamente distinto. No podrá ya decirse que el trabajo industrial destruye la destreza del artesano: podrá, más bien, decirse que el trabajo mecanizado "da un rodeo" en torno del estilo de la producción de la artesanía. Le elude, con lo que quiere decirse que se adapta a principios distintos por completo: cabalmente los principios de la producción mecanizada, lo que ante todo requiere logros de inteligencia por parte del obrero.

Otro criterio estereotipado del modo de pensar propio de la sociedad de clases ha de verse en la forma como se enjuicia la vida urbana moderna. Por lo demás se trata aquí de una peculiaridad que caracteriza especialmente a la crítica social alemana, desde el momento en que las culturas industriales

de Occidente tuvieron, ya en los tiempos del absolutismo su centro en grandes ciudades como París, Londres o Madrid, por ejemplo. Sólo en el pensamiento alemán de la sociedad de clases impera el ideal de la pequeña ciudad desarrollada en el siglo XVIII bajo premisas económicas y que hoy se designarían sencillamente como del tipo de "economía doméstica". Tampoco surgen aquí las ciudades paralelamente con el desarrollo de la industria. Antes bien, se acentúa sólo algo más la situación alcanzada ya a fines del siglo XVIII al buscar la industria las ciudades donde, como hemos dicho, encuentra elementos de trabajo. Por lo demás la época del capitalismo industrial urbano ha pasado ya hace mucho tiempo tras la descentralización de la industria bajo el influjo especialmente de nuevas fuentes de energía como electricidad y petróleo, que son relativamente independientes de una localización previa, extendiéndose más cada día el movimiento hacia el campo, donde la industria encuentra terrenos más baratos y nuevos trabajadores que la agricultura del siglo XX pone a su disposición. Hace ya mucho que la ciudad se ha emancipado de la industria, desarrollando un estilo de vida propio que se ha universalizado más cada día. Incluso quisiera decir que el espíritu de la ciudad se ha independizado de la aglomeración de casas y gentes. Es un espíritu que está hoy en todas partes. La civilización moderna es esencialmente civilización urbana y tiene que serlo a partir del momento en que la extensión de los recursos de comunicación de masas, la difusión de la prensa, de las revistas ilustradas, del film, la radio y la televisión han anulado definitivamente la diferenciación entre la ciudad y el campo. Sin embargo, la gran ciudad debe mantenerse firme como catalizador de numerosos afectos críticos que acaso estaban justificados en el periodo temprano del desarrollo de la industria, aproximadamente hacia mediados del siglo anterior, pero que hace mucho tiempo no lo están ya tras haberse alejado justamente la gran ciudad, más cada día, de la industria.

En la gran ciudad se hace realidad hoy con especial intensidad el llamado sector terciario de la producción, es decir, aquellas ramas de la economía que no son agrarias ni industriales y se ocupan de todos los posibles logros de servicio que en la vida del hombre moderno representan un papel de mayor importancia cada día. El sector económico terciario de la producción cultural y tras él el cuarto han llegado a una identificación cada vez más extensa al ocuparse de la estructuración del tiempo libre y de la orientación de la vida pública en los aspectos de moda, consumo de masas y existencia urbana.

Muy recientemente incluso han podido descentralizarse las grandes ciudades, sin que por ello hubiera desaparecido el estilo de vida urbano. Hasta podemos decir que es independiente de la localización que designamos como ciudad. Con las personas que en los arrabales de las ciudades han fundado nuevas poblaciones, el espíritu de la ciudad se extiende ya por el campo. Observamos hoy en torno a las grandes ciudades las llamadas ciudades-satélites en las que se evita el



amontonamiento y se hace todo lo posible para conservar el aire puro. En cambio los viejos núcleos urbanos son cada día más excavados para dejar sitio a fin de que las necesidades del tráfico puedan encontrar mayores facilidades. ¿Cómo podrían concebirse estos fenómenos si se les mide según las normas de una ciudad de clases de tipo medio del siglo xviii)?

Sería muy sencillo aducir aún numerosos otros ejemplos de esta especie. Nos parece, sin embargo, que con lo dicho basta. Quisiéramos, pues, volver a un modo de consideración más fundamental.

Este nos sitúa, por lo pronto, ante un hecho asombroso, no valorizado públicamente por lo general, ni aproximadamente siquiera, en su verdadera significación. Frecuentemente no es lo suficientemente reconocido por quienes se consideran representantes de una crítica científica de la cultura. El problema insinuado se refiere, muy sencillamente, a la cuestión del grado de alejamiento entre la norma propia de la sociedad de clases y la realidad actual. Incluso algo a su favor podría decirse, si semejante norma, por ejemplo, con la que estamos familiarizados, se aplicara a la descripción de la fase cultural más próxima que le sucede. Podría entonces decirse que el hoy es captado a través del más próximo ayer, lo que tiene realmente su sentido, ya que, en cierto modo, nos hemos formado sobre la base del ayer, haciendo de él nuestra morada. Pero justamente esta presunta relación inmediata entre la norma propia de la sociedad de clases y el hoy, es una gran ilusión. Pues, en realidad entre dicho período y nuestro presente se ha verificado toda una serie de transformaciones de la estructura social altamente revolucionarias, lo que nos demuestra que, hasta cierto punto, nuestro presente se ha alejado ya varias etapas del viejo sistema de clases. Entre nosotros y la vieja sociedad de clases se sitúa, como estructura social rotunda, por lo menos el sistema del capitalismo industrial con su problemática de clases. Ahora bien, este capitalismo industrial, como primera fase del sistema industrial, a su vez, por su parte, es profundamente distinto del avanzado sistema industrial que deberá caracterizar al siglo xx.

El sistema industrial avanzado es el vehículo de la llamada democracia de masas, mientras el sistema industrial capitalista amenazaba dividirse en las dos clases de la burguesía y el proletariado, lo que ya muy pronto reconoció Disraeli al hablarnos del "peligro de las dos naciones", e indujo también a Karl Marx a sus pronósticos del *Manifiesto comunista*. En el capitalismo industrial la estructura social está efectivamente dominada por la mencionada dicotomía. Ser aquí obrero es un ineludible destino. Las distintas clases sociales son recíprocamente herméticas, de modo muy parecido, por lo demás, a las clases del viejo sistema de rango. Sólo que en el sistema de las dos clases la sociedad está despedazada en dos partes por la lucha de clases entre burguesía y proletariado.

En una sociedad que se caracteriza como democracia de masas pueden, desde luego, conservarse los viejos restos del

sistema de clases. Pero allende esto hacen su aparición tendencias completamente distintas, que se evidencian en clara contradicción. Puede verse esto en el hecho de que realmente ya sólo los extremos del viejo sistema de clases son hasta cierto punto visibles en forma precisa: los estratos de los muy ricos y los muy pobres. Cuanto se sitúa aquí en el centro manifiesta, más cada día, la tendencia a convertirse en un conglomerado de muy diversos grupos que en el centro de la sociedad se encuentran, mientras antes estaban muy separados entre sí. Considérese, por ejemplo, la relación que hoy existe entre obreros y empleados. Hasta comienzos del siglo xx estaban todavía separados al ser uno sobre todo obrero manual mientras los otros se dedicaban a tareas no manuales. Con el cambio del estilo industrial, que sobre la base de la mecanización se aleja de la vieja tarea manual y se concentra más cada día en la observación de máquinas complicadas, vigilancia y control, ha adquirido el trabajo industrial, en proporción creciente, rasgos intelectuales que hacen imposible la diferenciación entre obreros industriales y empleados según el viejo esquema de trabajo manual y no manual. Por lo tanto se evidencia la diferenciación entre los dos grupos más importantes del moderno mundo del trabajo como artificial de todo punto, según Fritz Croner ha demostrado. La problemática es aquí, con toda seguridad, una de las más esenciales de la sociedad de hoy, pues el aumento de los empleados en la sociedad moderna sólo puede compararse con el aumento de los obreros a comienzos del siglo xix. Las sociedades modernas tienen la peculiaridad de que la preponderante mayoría de sus miembros se encuentra en un centro, en el que acechan problemas totalmente nuevos.

Entre estos nuevos problemas se incluye, por ejemplo, la creciente burocratización de nuestros sistemas estatales. Ciertamente se ha aplicado también este concepto muy incomprensivamente. Son, pues, oportunas, algunas palabras de elucidación. Quienes consideran como ideal, bajo la perspectiva del sistema de clases de rango, la más bien personal reglamentación de los asuntos sobre la base de sistemas familiares ampliamente estratificados, ven en la burocratización sólo lo negativo: la imposición de lo impersonal apura las decisiones "sin que importe la persona", el anonimato del procedimiento y su carácter estereotipado. La intención crítica de la expresión "un mundo administrado" no es otra cosa que la reacción del intelectual humanista, que se mantiene arraigado por completo en el siglo xviii, frente a las exigencias de objetividad de la moderna sociedad económica. Bastará para verlo así con darse cuenta de que la expresión burocratización significa al cabo creciente y general racionalización de nuestra sociedad, evidenciando con ello una positiva condición estructural. En semejante sistema la seguridad de la esfera personal sólo es aún posible si las decisiones generales se toman sin que importe la persona, como, paradójicamente, podría decirse. En un sistema de democracia de masas toda figura personal debe ser caracterizada, dentro de las conexiones objetivas, como carente de distanciamiento físico y psíquico. Claramente puede verse el conflicto



entre ambas posibilidades en la industria, donde sobrevive el sistema de la decisión y reglamentación personales bajo la forma designada en el siglo XIX con la expresión de "quien es el señor en la casa" y que se manifiesta aproximadamente en la presunta configuración personal de las relaciones dentro del complejo industrial en instituciones firmes o similares, lo que sólo trae como consecuencia sobrepasar las distancias, lo que al día siguiente será embarazoso para todos. El obrero de hoy da cada día menos valor al inmiscuirse del servicio de la industria en su esfera personal, y tiene razón con ello, ya que con la protección legal del trabajo y el tiempo libre, lo que es lo mismo, desarrolla actividades cada vez más independientes durante el tiempo de que regularmente dispone en el día, a fin de semana y durante las vacaciones.

Se ha querido caracterizar esta situación diciendo que en la sociedad industrial avanzada lo público es cada día más público y lo privado más privado. Me parece que con esta característica se hace blanco excelentemente en la realidad. En contraste con la estructura social del sistema de clases, demasiado vinculada personalmente, en la que todo el excluido de esta urdimbre social vegetaba en un estado de total impersonalidad, tenemos hoy, más cada día, que contar con una configuración polar de la existencia para casi todos. En realidad se exceptúan sólo los estratos que aún quedan en situación subprivilegiada.

Para el centro social se desenvuelve hoy, sin embargo la vida, fundamentalmente, en dos dimensiones, de las cuales una, no vale

Para el centro social se desenvuelve hoy, sin embargo la vida, fundamentalmente, en dos dimensiones, de las cuales una, desde el punto de vista del oficio y publicidad, se caracteriza por una impersonalidad relativa, mientras la otra, por el contrario justamente, se caracteriza por el sondeo y

ampliación de lo íntimo, cuyo cultivo adquiere hoy una creciente importancia, debiéndose a este hecho el que se haya convertido en ineludible postulado de toda democracia el facilitar a mayor número de personas cada día el acceso a la cultura. Se incluyen aquí no sólo las innumerables formas de la actividad libre: se incluyen igualmente el creciente servicio para la estructuración de las vacaciones y el desarrollo extraprofesional de las personas. Bajo estas premisas cambian fundamentalmente su carácter los planteamientos de algunos problemas que hasta hoy parecían por completo naturales.

También en la teoría de la familia se ha verificado un cambio histórico que responde en la nueva situación de la familia en las sociedades industriales avanzadas al contraste respecto de la situación del sistema industrial capitalista. Esto no impide, sin embargo, que parte de las viejas teorías se hayan consolidado y sobrevivan sin lucha, a pesar de ser ya la realidad completamente distinta.

En todos estos casos las dificultades de una localización del presente están condicionadas por el hecho de verse a la sociedad de hoy tensamente incrustada entre el ayer y el mañana, con lo que necesariamente recae el acento sobre el ayer. Digo necesariamente porque nuestros recursos de adaptación social y cultural —se incluye aquí también el conocimiento del presente—, se retrasan respecto de las constelaciones de la realidad. Esto es lo que hace tan extraordinariamente difícil un desembarazado conocimiento del presente. Este sólo podrá obtenerse si no olvidamos que nuestro presente hace ya mucho tiempo que ha desarrollado una estructura propia que "a nuestras espaldas" determina nuestra acción. Si por el año veinte podía aún decirse que el contorno de esta nueva estructura de la sociedad no se evidenciaba claramente, a mediados del siglo XX la situación es esencialmente distinta.

## NOSTALGIA DE LA PRIMAVERA

Grandes son los montes de la patria, grandes los ríos,  
Nostálgicos esperamos *todos* la primavera . . .

¡Un héroe hace el alarde de la unión!

¿Quién se reirá más tarde sobre ello?

LO SCHI-WEN

(poeta chino caído en 1946 en las luchas fratricidas)